

UN ASPECTO DE LAS RELACIONES HISPANO-FRANCESAS
EN TIEMPO DE FERNANDO VI: LAS MEMORIAS
LITERARIAS DE PARIS DE IGNACIO LUZAN (1751)

Por Georges DEMERSON
Universidad de Lyon II

No carece de interés el estudio de estas relaciones entre España y Francia, en un período en que la prudente diplomacia de Fernando VI supo asegurar a España casi tres lustros de paz. Sin embargo, desde el punto de vista de los intercambios culturales entre los dos países, es obvio que este período corresponde más bien a un bache, al fin de un largo bache. Tanto en la prensa francesa como en la española, las noticias sobre la nación vecina no son entonces tan abundantes ni tan interesantes como, por diversas razones, lo serían más tarde, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV.

Por fortuna existe un testimonio individual que vale por muchos artículos de gacetas y llena parcialmente esta laguna. Si bien estadística y generalmente los testimonios de franceses sobre España son más numerosos que los de españoles sobre la vida francesa, y los «Voyages en Espagne» más abundantes que los «Viajes por Francia», el que nos proponemos estudiar pertenece a esta segunda categoría. En sus *Memorias Literarias de París*, Ignacio Luzán, conocido ya como autor de la célebre *Poética*, resume y ordena las observaciones e informaciones que anduvo acumulando durante tres años sobre la capital de Francia, sus habitantes y las instituciones en cuyo seno los franceses aprendían o ejercían todas las actividades que se relacionaban con la vida del espíritu. Estas

Memorias, que vieron la luz en Madrid en 1751, constituyen un documento muy valioso, de un interés indudable y acreedor sin duda a un examen más detenido que el que podemos realizar en el breve artículo que sigue.

Escribió un crítico que la *Poética* de Ignacio de Luzán está profundamente impregnada de influencia francesa porque vivió mucho tiempo en París su autor, «poeta preceptista, que se había formado en países extranjeros y bebido la purísima agua del Parnaso francés a las orillas del Sena mismo»¹. Aserto inepto, que no resiste ni un instante la confrontación de fechas, puesto que la *Poética* vio la luz pública en 1737 y sólo en 1747 el escritor aragonés pisó por primera vez las calles de París.

De hecho, Luzán que, como es sabido, pasó muchos años de su vida fuera de España, pero los más en Italia, conoció tardíamente a Francia. Incluso hizo este viaje un poco por casualidad, porque un ministro que le quería favorecer le buscaba un empleo susceptible de convenirle.

Poco después de subir al trono, Fernando VI designó para ocupar el cargo de Ministro de Estado a un hombre que se había distinguido sirviendo a Felipe V. Ya antes de dirigir la política de España, D. José Carvajal y Lancáster era personaje importante: a su influencia, conyugada con la de Ensenada y Montemar, se debió el nombramiento del Duque de Huéscar, a quien le unía estrecha amistad, para el cargo de embajador de España en Francia (21 de julio de 1746). Luzán por su parte no era desconocido del nuevo ministro, puesto que le había sido presentado hacia 1750. Pero en el reducido grupo de amigos que bullía alrededor de Carvajal, había uno que el prócer tenía en gran predicamento, el Padre Rávago, jesuita, que por ser amigo íntimo del ministro sería poco después nombrado confesor del rey (abril 1747). El P. Rávago recomendó al autor de la *Poética* para que se le concediera algún empleo². La coyuntura no era desfavorable. En efecto en la prima-

¹ F. J. Wolf, in B. A. E., LXI, 107.

² La prueba de esa protección decisiva se halla, en mi opinión, en la dedicatoria de las *Memorias de París* al citado P. Rávago, «en testimonio de la gratitud mía, justamente

vera de 1747 el ministro buscaba un secretario de embajada para sustituir en París a Miguel José de Aoiz nombrado para auxiliar a D. Melchor Macanaz en las negociaciones de Breda. El embajador, Duque de Huéscar, se negaba a intervenir en la elección de ese colaborador. «Háblasme... de secretario de Embajada, sobre cuyo asunto digo que no tengo más voluntad que la tuya, ni ignoro que el modo de acertar será guiarme por tus consejos y seguir tus dictámenes en todo...» (7-2-1747). Ni corto ni perezoso, Carvajal, a vuelta de correo anuncia que ya tiene elegido al sujeto idóneo: (Pienso en enviarte un secretario de malísimo cuerpo, tuerto y manco, —pero no has de dormir con él— y de bellísima alma, sabio mucho, ilustre caballero que leerá los tratados que necesites, entendiéndolos verdaderamente y en fin lo he ojeado para la Secretaría de Estado, que no quiero que digan que se quita el otro porque quedés sin testigo, ni que si se muere el viejo [Macanaz] o se acaba su comisión, te vuelvan a encajar este cuño, y si éste va y yo no estoy engañado, yo te lo quitaré».

Menos de tres semanas después, con loable celeridad, dadas las costumbres de la época, solventadas todas las dificultades administrativas y familiares, emprendería viaje a París el nuevo secretario de embajada. «Ayer salió de aquí el que va a servirte de secretario. Se llama don Ygnacio Luzán. Tuve de él grandes noticias por varios conductos: probéle en la censura de una obra de Estado que querían imprimir y en un tratadito político que ha escrito³. Destinéle para la Secretaría de Estado, donde no hay nada así, y quiero que tome antes el baño de tu lado, y aun en él se verá si tiene óbice para esto; si me he engañado, ha sido con buenas cartas, pero confío en que no, y que si el cobre se bate ahí, tienes quien te ayude en ver un artículo y referírtele bien con ligereza» (8-3-1747).

A partir de entonces la correspondencia muy familiar entre Car-

debido a lo mucho que V.S. Rvma. me favorece». Como a continuación se verá, una dedicatoria a Carvajal, de no haber mediado poderosamente el jesuita en el nombramiento, hubiera sido muy lógica.

³ La censura era el *Dictamen que dió sobre las Cartas de Van Hoey* y el tratado debía de ser la *Perspectiva política*. (Véase Gabriela Makowiecka, *Luzán y su Poética*, págs. 50 y 48 respectivamente).

vajal y el Duque abunda en detalles sobre el aragonés. Este debió de hacer novillos, o darse un rodeo por su tierra de Monzón, pues tardó un mes cabal en llegar a la capital gala —del 7 de marzo al 12 de abril— personándose tres días después en Versalles donde estaba el embajador, a quien causó buena impresión: «Llegó don Ygnacio de Luzán que, sobre el fundamento de ser hombre de distinción, me parece muy capaz y particularmente de una gran prudencia y modestia. Creo que nos avendremos bien» (15-447).

A pesar de este juicio alentador, el ministro no deja de recordar a su amigo que el nuevo secretario está allí a prueba. Indudablemente, Carvajal quería lealmente favorecer al autor de la *Poética*, pero ignoraba si éste tenía madera de diplomático y, al parecer, dudaba en el fondo de sus aptitudes: «Dime claro, en observándole bien, qué te parece Luzán, que deseo tu censura, sin embargo de haberme parecido bien en voz y por escrito, y esperar que sea cosa muy buena» (3-5-47).

No es un éxito la primera intervención del secretario novel, pues el embajador escribe al ministro que puede ahorrarse el trabajo de leer su informe: «Mira que don Ignacio ha querido hacer reparos a los preliminares y papel n.º 3 de Macanaz. Hay algunos muy buenos, pero la cosa no vale el trabajo. Te lo aviso para que no empieces por leerlos, dejándolo para después» (3-5-47). En cartas sucesivas, el Duque va completando y matizando su juicio. Luzán tiene cualidades positivas: pero se notan graves lagunas en su formación, que le perjudican para ejercer correctamente sus nuevas funciones; mas ese defecto puede subsanarse: «Luzán será muy buena cosa porque tiene bastante capacidad y mucho juicio y, aunque sea arrogancia, te le pondré en estado de que puedas echar mano de él. En cuanto a los estudios, ha hecho lo que todos los que trabajan sin intento de proporcionarse a valer algo, porque se ha dedicado a las ciencias abstractas entre las cuales pongo yo a la Poesía. No sabe los tratados principales que son como los vientos cardinales, padres de los demás, y no se ha hecho la merced de creer que podía componer el mundo: disparate que se merece mucho aprecio porque siempre queda algo bueno de lo práctico y material, que es lo que sirve. Con todo, será hombre de mucho provecho, porque él apli-

cará sus luces y yo le pegaré mi malicia» (14-5-47). Carvajal aprueba: «Celebro lo que me dices de Luzán, que es lo que yo creía, y por esto te lo envié, que considero te servirá y le harás útil haciéndole práctico» (29-5-47).

En efecto la doctora Makowiecka, que ha estudiado detenidamente la documentación diplomática conservada en el Archivo Histórico Nacional, se hace lenguas de la actividad de don Ignacio, que está en todo, estudia y resuelve con el mismo acierto las cuestiones administrativas, políticas, diplomáticas y económicas. Incluso, el autor de la *Poética* aparece en ocasiones como el factótum, el recadero de los mismos reyes de España que le confían diversas misiones de confianza. Para ejecutar cumplidamente ese cúmulo de cometidos, Luzán se desvive: no sólo tiene que pechar con buena parte de la correspondencia de oficio de la Embajada, cifrar y descifrar cartas reservadas o secretas, y representar al embajador en algún que otro acto oficial, sino que también compra matrices de caracteres para ciertas imprentas de Madrid, adquiere bastones y tabaqueras para el monarca, escoge encajes y modelos de vestidos para la reina Doña Bárbara y, cometido de indudable alcance internacional, es encargado de escoger unos quesos gallegos con que Sus Majestades querían obsequiar a la reina María Leczinska. Dejando las compras individuales al pormenor se alza incluso hasta el trato con mayoristas y proveedores del ejército galo, mercando 600 pares de zapatos y 800 pares de calcetines destinados a las tropas del rey católico. Más adelante tratará con las autoridades galas de la extradición de un delincuente español refugiado en Francia.

Resumiendo los hallazgos de la profesora madrileña, Russell P. Sebold escribe con una punta de lirismo: «Le ocupó allí constantemente la exigente gestión de los asuntos de la Embajada, a los que llevó su habitual y minucioso sentido de la organización; y... se puede apreciar la enorme eficacia con que el autor de la *Poética* intervenía lo mismo en la resolución de problemas diplomáticos que en la compra de calcetines para las tropas reales» (p. 21). Luzán aparece, pues, en este cuadro entusiasta como el cerebro, el organizador y el brazo ejecutivo de la representación diplo-

mática española en París. ¡Dichoso en verdad el embajador a quien la suerte o el ministerio depara tan diligente colaborador!

Tan entusiasta como el crítico norteamericano no parece en realidad haber sido el Duque de Huéscar. Quince días después de la carta del 14 de mayo de 1747 citada poco ha, manifiesta algunas reticencias respecto de su nuevo secretario: «No dudo, escribe a Carvajal, que tendrás sobre ti muchas tonterías y gran peso de trabajo y sin el alivio de que haya uno que pueda aliviarte. Así estoy yo también, porque Luzán no entra aún en carril: pero él se hará y, si permanece con el mismo genio que hasta aquí, ninguno es mejor para mí» (26-5-47).

Paciente, humano, gran señor, generoso, cargando incluso con el trabajo que no realiza su subordinado, Huéscar solicita para el secretario un sueldo decente: «Luzán se secará de hambre si no le ayudas y me parece que por todas razones debes señalarle el mismo sueldo que tenía el secretario de Campoflorido» (12-6-47). Lo que Luzán cobra son 18.000 reales al año. Además, escriben desde Madrid, se entregaron cien pesos a su casa y lo que gana se podrá repartir como él quiera entre su familia en España y él en París.

Al cabo de tres meses, sin embargo, y a pesar de la discreción del embajador, el ministro se da cuenta de que el malestar inicial no se ha disipado; dos veces pide a Huéscar que se sincere: «Dime individualmente todo lo que es Luzán, que es preciso saberlo para proporcionarle nicho y no parece que te llena. Yo creía que podría ser un buen oficial de la Secretaría de Estado habiendo reducido a práctica su teórica» (30-10-47). Y poco después: «Siempre veo señas de que Luzán no te llena el ojo y deseo eficazmente que me hagas su puntual definición para mi gobierno» (9-11-47).

Por fin, en aras de la verdad y de la amistad, el Duque consiente el desahogarse y esta vez habla claro: «Luzán es cosa muy buena en cuanto a la sangre y en cuanto al genio y a la honra. Es de poquísima resolución y tardo en comprender, a lo que le desayuda la memoria que no es de las más felices. Y con decirte que desde que llegó no le he podido fiar ningún papel de entidad para

que lo trabaje porque está tan nuevo como el primer día en las cosas gordas, no sé si se inclinará a covachuelista porque le he oído que tomaría de buena gana una intendencia o un corregimiento gordo. Yo creo que lo que le convendría mejor, sería cualquier empleo quieto y decente, porque le merece por su honra y de este modo se le asegura con qué vivir sin ponerle en paraje de que no se desempeñe» (13-11-47). Esta es la primera vez que el embajador reconoce que Luzán no sirve para secretario de embajada y sugiere que se le dé otro destino. Y lo hace con notable benevolencia.

Asombra ver en efecto con qué verdadero interés y auténtica humanidad tanto el ministro como el embajador se preocupan por proporcionar una buena colocación a este literato descaminado. Huéscar varias veces pide un aumento de sueldo para el poeta, pero en vano. Al cabo de un año, empero, la situación se clarifica. El Duque, a quien Carvajal envía otro secretario llamado Abreu, pide claramente la retirada del colaborador ineficaz: «Querido Pepe mío: podías llamar a Luzán dándole algo, y dejarme a Abreu aquí por los meses que me quedan... Ganaremos todos mucho» (16-12-48). Reitera su solicitud al cabo de una semana: «déjamele aquí [a Abreu] y llévate a Luzán y en tratándole verás que, aunque muy bueno para otras cosas, es el más infeliz político del mundo, y aun me atrevo a decir que no sabrá hacer una relación histórica de las negociaciones que han pasado por él» (23-12-48). Con estas palabras recalca el Duque el fracaso rotundo del poeta en la administración de la «república». Incluso la sencilla tarea de poner en limpio la correspondencia o de copiar documentos diplomáticos, no la realizaba Luzán a satisfacción del embajador.

Finalmente nadie quiere acoger a ese empleado inútil e inutilizable, Carvajal menos que cualquiera: «ya te di medio de servirte de Abreu sin traer a Luzán, escribe a Huéscar. Viene mejor cuando tú vengas, y si yo puedo le daré una cosa honrada en que pueda ser útil» (15-1-49). Mientras tanto, sin darse por aludido, impertérrito, el interesado sigue tan despistado y tan ineficaz como antes: «El papel con que me quedé, refiere el embajador, hubiera ido si don Ignacio no le hubiera dejado a medio copiar con sus bondades acostumbradas. Daréle prisa y te le remitiré» (24-2-49).

Y unos días después, volviendo al parecer sobre el mismo incidente, añadía: «Se quedaron atascados los papeles que envió Wal y que ya habrás recibido, porque don Ignacio, después de tenerlos muchos días en su poder, me respondió, preguntándole por ellos, que no estaban copiados aún, que los tenía guardados y que si yo quería, se acabaría de copiar una mitad que era todo lo que faltaba. ¡Considera qué fresca!» (8-3-49).

El lector se preguntará sin duda cómo se pueden explicar juicios tan encontrados acerca de una misma persona. En realidad, la explicación es sencilla. En la correspondencia oficial de la que Luzán había necesariamente de tener conocimiento, el embajador no podía formular quejas, ni siquiera reservas, que resultasen ofensivas para su colaborador. Sólo le cabía hacer grandes elogios de sus cualidades.

Además, sabido es que en la administración de cualquier país que sea, la única forma eficaz de quitarse de encima cualquier colaborador inútil es conseguirle un ascenso (en lo cual se verifica una vez más la llamada «ley de Peter»). Así obró el Duque de Huéscar, con la aquiescencia de su ministro. Pero se notará que el ascenso y aumento de sueldo que tantas veces se piden en favor de Luzán, se solicitan por razones en general ajenas al «rendimiento» del Secretario de la Embajada. Se ponderan su nacimiento, es decir su nobleza; sus cualidades morales o «de ánimo», «su cultivado ingenio», y sólo alguna vez se menciona «el mérito adquirido a fuerza de incesante fatiga».

En cambio, en sus cartas reservadas al ministro, con quien le unía íntima amistad, el embajador podía expresar hasta el fondo de su pensamiento. Es lógico que la doctora Makowiecka que sólo tuvo acceso a los documentos oficiales no sospechase las reticencias de Huéscar y, apoyándose en las fuentes de que disponía, encomiase la actividad y los aciertos diplomáticos de Luzán.

Pero la cara oculta de la realidad nos ha sido revelada no hace mucho por la interesante publicación de Didier Ozanam, quien, con el título de «*La Diplomacia de Fernando VI*», ha editado la correspondencia particular de Huéscar y Carvajal (C.S.I.C., Madrid, Col. «Documentos», 1975):

Ante tan evidentes descuidos profesionales, cabe preguntarse si Luzán era totalmente inconsciente de los deberes que le incumbían y de su radical ineficacia, o si explotaba descaradamente la situación que se había ido creando. En la introducción a las *Memoorias literarias* escribe con aparente ingenuidad: «Quanto al tiempo [para realizar su encuesta sobre la vida intelectual en París], le hallé en los pocos ratos que me quedaban de mis principales ocupaciones; y aun éstas vinieron por dicha a disminuir tanto de su peso que en los últimos meses tuve bastante tiempo para llevar adelante mi obra, con particular satisfacción mía y con fundada esperanza de verla finalmente acabada» (p. 1-2). Al referirse al alivio de sus tareas, Luzán aludía sin duda a la conclusión del tratado de Aquisgrán, que fue firmado el 18 de octubre de 1748.

Con todo, —y eso no es la menor sorpresa que nos depara el paso del aragonés por el mundillo de la diplomacia—, teniendo que marcharse irremisiblemente el Duque de Huéscar, no encontró el gobierno de Madrid más solución para sustituirle hasta la llegada del nuevo embajador, don Francisco Pignatelli, que la de nombrar a Luzán encargado de negocios. Ese nombramiento, es verdad, fue más o menos casual. En un principio, Carvajal había mandado que don Ignacio volviese a Madrid con el Duque. Luego (22-4-49), el mismo día en que emprendía viaje Huéscar, le escribía: «En todo caso bien estás fuera; y vuelva Luzán mientras va Pignatelli». Pero en la misma carta, más adelante, se le ocurre algo distinto: «se me ofrece si dejas a Luzán por el recado de Puisieulx que propones... y en realidad sin alguien no puede quedar eso». Solución que en la posdata queda adoptada: «Vuelvo del despacho. Consideran que dejas a Luzán».

De encargado de negocios quedó pues en París nuestro preceptista, y sus funciones durarían un trimestre largo, del 22 de abril a finales de julio, ya que el Sr. Pignatelli llegó a París el 30 de ese mes⁴. Ahora bien, si es cierto que en el trienio que pasó en

⁴ Aunque ya no tenía la responsabilidad de la representación de España en Francia, Luzán, reintegrado a su puesto de Secretario, permaneció aún bastante tiempo en la capital gala. Enfermo, pidió la retirada el 20 de marzo de 1750 y abandonó París el 4 de mayo siguiente. Tras un alto en Lyon y otro en Languedoc, se personó en Aranjuez, donde le

Francia, se mostró remolón y remiso en las tareas diplomáticas, el aragonés manifestó en cambio un entusiasmo y un tesón admirables para reunir los elementos de sus *Memorias literarias*. Es que allí estaba verdaderamente en lo suyo.

A su llegada primero, y durante los años de su residencia en París, él mismo confiesa que quedó deslumbrado por la cultura y la brillantez que pudo observar en la vida parisina. «No creo adular a una nación, dice, ni agraviar a las demás, si digo que París es el centro de las Ciencias y Artes, de las Bellas Letras, de la erudición, de la delicadeza y del buen gusto» (p. 2). Y sigue así durante toda una página.

Partiendo del postulado de que las mismas causas producen siempre los mismos efectos, movido por el deseo de ser útil a su patria, estudió detalladamente todas las instituciones que habían propiciado la aparición y desarrollo de tan activa vida intelectual y artística. Aprovechó, pues, para ello los ratos de ocio de que disfrutaba y que fueron en aumento, pues sus ocupaciones se hicieron, según confesión propia, cada vez más ligeras. Esta circunstancia le permitió visitar los principales centros docentes, las diferentes academias civiles y militares, asistir al teatro, frecuentar las bibliotecas y librerías, leer las gacetas y los libros que entonces estaban de moda. Luzán realizó una encuesta completísima y metódica sobre las condiciones en que se desarrollaba la vida cultural en Francia.

La verdad es que no perdonó el zaragozano esfuerzos ni gestiones para allegar informaciones. Su propósito, puntualiza, era exponer a las personas que no viajan y a las que no entienden las lenguas extranjeras «el estado que tenían a la sazón las Ciencias y Artes en París, el método que se seguía en los estudios, las varias maneras de enseñar, los estatutos y los reglamentos de sus Academias, los ejercicios de sus escuelas públicas y privadas, las nuevas

esperaba su doble nombramiento de Superintendente de la Casa de Moneda y de Ministro de la Junta General de Comercio, Moneda, Minas y Dependencias de extranjeros. Véase Didier Ozanam, «Luzan et son projet d'Académie...», *Mélanges Marcel Bataillon*, p. 189, n. 7. Agradecemos cordialmente al autor las precisiones complementarias que nos facilitó en carta reciente.

obras de sus literatos, alguna crisis —juicio— imparcial de éstas, con las reflexiones y noticias que pueden contribuir más eficazmente al logro del fin que me he propuesto» (p. 8).

Que se haya movido Luzán constantemente, que haya visto muchas cosas con sus propios ojos, es indudable: asistió por ejemplo a la escuela de Física experimental del Abate Nollet en la galería del Louvre. «Su curso dura de cinco a seis semanas a tres días cada semana. En mi tiempo, añade, concurrimos diez y ocho, la mayor parte ingleses, cuatro o cinco franceses, algunos alemanes y dos españoles» (p. 131). Es un observador atento, preciso, amigo de las cifras y estadísticas: «El teatro de la Comedia Francesa está bien iluminado: hay catorce arañas de cristal, con doce velas cada una, además de las tres docenas que se ponen en el tablado, al borde de él, hacia el patio» (p. 112). Examina por sí mismo las cartillas y métodos de enseñanza de la lectura y la escritura, y compara sus métodos y sus resultados. Su testimonio es fidedigno: refiere lo que ha visto, palpado, oído. Su obra no es de segunda mano: es la de un testigo presencial.

Las observaciones e informaciones que recogió fueron editadas en Madrid, con el título de *Memorias literarias de París* por Gabriel Ramírez en abril de 1751. Pero estaban concluidas antes del mes de diciembre de 1750, pues la primera aprobación que firmó Montiano y Luyando es del 4 de aquel mes. Los demás dictámenes y licencias son posteriores. Se presenta la obra en forma de un tomito en 8.º de 47+311 páginas, de 144×101 mm., siendo la caja de 114×62 mm.

La portada reza: «*Memorias literarias de París*: / actual estado / y método de sus estudios. / Al Rmo. P. Francisco de Rávago, de la Compañía de / Jesús, Confesor del Rey / nuestro Señor, etc. / Por / Don Ignacio de Luzán / Superintendente de la Casa de Moneda, / Ministro de la Real Junta de / Comercio, etc. / — — — Con licencia: En Madrid: En la / Imprenta de Don Gabriel Ramírez, / Criado de la Reina Viuda Nra Sra, Calle / de Atocha, frente de la Trinidad. / Año de 1751. /

Tras la dedicatoria, un dictamen de un sacerdote, la aproba-

ción y dos licencias (eclesiástica y del Consejo), cierran esta parte inicial la fe de erratas y el Índice de los capítulos (p. 44-47).

El ejemplar que hemos manejado en la Biblioteca Nacional lleva la signatura 2/26797 y en la hoja de guarda lleva esta indicación: «Soy de Juan Antonio Cuervo» y debajo de una gruesa raya horizontal, «Soy de » y una rúbrica ilegible.

Consta el libro de 30 capítulos y una introducción. El examen del contenido del volumen⁵ revela que el título de la obra resulta hoy día inexacto. Disciplinas como la Física, las Matemáticas, la Medicina, la Cirugía, la Anatomía, la Botánica, la Química, las Leyes, la Arquitectura o incluso la Enseñanza militar no se consideran, *stricto sensu*, como literarias. Pero hace dos siglos y medio el concepto de «Letras» era más amplio y correspondía a lo que hoy llamamos «cultura».

El plan que sigue el autor es a la vez cronológico o progresivo, ya que sigue el desarrollo de la mente y de la vida humanas —se eleva desde las escuelas de las primeras letras a las más encopetadas Academias— y lógico, pues trata los temas por grupos afines. Así, lo referente a la enseñanza ocupa del capítulo II al VII inclusive, la retórica, poesía y teatro, del capítulo VII al XI, la filosofía, las ciencias y el derecho del XII al XIX, los grandes centros docentes y las academias, del XX al XXVI incluido, y finalmente todo lo que se relaciona con la prensa y el libro, con inclusión de las bibliotecas, capítulos XXVII a XXX. Menos el último, la extensión de estos grupos de capítulos es comparable, aunque presenta sensibles diferencias:

el 1.º, enseñanza	p. 13 - 64	51 páginas
el 2.º, poesía y teatro	p. 65 - 122	57 »
el 3.º, filosofía y ciencias	p. 122 - 182	60 »
el 4.º, academias	p. 183 - 280	97 »
el 5.º, libro y prensa	p. 280 - 311	31 »

⁵ De este mismo ejemplar, el Centro de Estudios del siglo XVIII de Oviedo posee una fotocopia completa que me ha sido amablemente comunicada.

La disparidad que se observa en el número 4 tiene por causa principal el que el autor, al hablar de las ciencias o de las academias, inserta íntegros en medio de su prosa unos documentos que se limita a traducir. Esos documentos son a veces muy extensos, como por ejemplo el «Plan de un curso de Química y Pharmacia, según los principios de Becher, de Boerhave y de Sthal [dictado por Mr. de la Planche, boticario]» que ocupa 19 páginas, de la 155 a la 173; el «Reglamento dado por el rey Luis XIV para la academia Real de Inscripciones y medallas» que consta de 49 artículos (págs. 220-242), o finalmente el muy curioso «Reglamento observado en la Escuela militar para la disciplina de el Cuerpo de los Cadetes Delphines» (págs. 268-278). Y hacemos caso omiso de otros varios planes, como el del curso del Colegio Real (o de Francia) para el año 1749, varias listas de académicos, e incluso varias listas de sílabas y ejemplos sacados de las cartillas francesas.

Indudablemente, estas *Memorias* son dignas de crédito. Luzán sabe de qué habla: espíritu curioso y deseoso de instruirse, estableció y mantuvo muchos contactos con los medios cultos de París. Los de la diplomacia, por supuesto, en los cuales evolucionaba por motivos profesionales obvios: «omitiré la noticia de una controversia literaria que tuvo con el Sr. Van-hoeis, Embajador de los Estados Generales en aquella corte», escribe su hijo⁶. Pero también con los medios científicos o literarios. Trató a Montesquieu «a quien yo conozco y venero» confiesa (p. 307); a Mr. de Morabin que se pasó la suya componiendo una *Vida de Cicerón* (p. 310). Cita «*Les Moeurs*», obra mandada quemar por mano del verdugo: «He hablado, dice, y conozco al autor, que parece modesto y erudito. Creo que no le sabrá mal que yo calle su nombre, que él mismo ocultó»

⁶ J. I. de Luzán, *Memorias de la vida de D. Ignacio de Luzán*, in *Poética*, ed. 1789, p. XLVI.

En este punto, anda descaminado el hijo del preceptista. No sostuvo Luzán controversia literaria alguna en París con el Sr. Van-hoeis, sino que, a petición de Carvajal y del rey, escribió un Dictamen sobre las Cortes del embajador de Holanda en París, Van Hoey, fechado en 26 de enero de 1747, es decir dos meses antes de su salida de Madrid camino de Francia. Véase Gabriela Makowiecka, *Luzán y su Poética*, p. 131-134.

(p. 306). Se refiere, no a Voltaire, como asegura equivocadamente Russell P. Sebold, sino a François Vincent Toussaint⁷.

Asistió como ya sabemos a las clases y experimentos del Abate Nollet y, de haber permanecido más tiempo, hubiera asistido a otros cursos. Debió de tratar a Voltaire si el capítulo VIII de las *Memorias* no nos engaña: «Mr. de Voltaire tendrá ahora poco más de cincuenta años; es cortés, discreto y delicado en la conversación; de un ingenio muy agudo, de una fantasía muy viva y muy fecunda...» (p. 78). También hubo de tratar a Crebillon a quien admiraba, a Nivelles de la Chaussée, a quien había de traducir, y a otros muchos.

De manera que podemos ratificar plenamente los términos con que su hijo D. Juan Ignacio pondera la constante actividad extradiplomática de su padre: «En medio de estas ocupaciones, halló

7. El texto de Luzán no deja lugar a dudas en cuanto a la obra a que alude. Dice claramente: «Un libro salió en mi tiempo en París, que merece ser notado (p. 304). El título de este libro es *Las Costumbres (Les Moeurs)* y la sustancia de todo él es la philosophia Moral de un buen Deísta» (p. 305). Detalles que no concuerdan con la afirmación de Sebold: «Alude a los fragmentos del *Essai sur les Moeurs* (1756) de Voltaire que se publicaron anticipadamente en el *Mercure* en 1745 y 1750-51». Luzán, que suele ser muy exacto, no menciona ningún *Ensayo sobre las costumbres*, ni tampoco unos «fragmentos», sino *un libro*, ya publicado, titulado *Les Moeurs*. Y cuando dice: «He hablado y conozco al autor» (p. 306), añade: «que parece modesto», detalle que no se ajusta con el retrato del Sr. Arouet que esboza el mismo Luzán (p. 78) y cita Sebold: «Es cortés, discreto y delicado en la conversación, de un ingenio muy agudo, de una fantasía muy viva y muy fecunda». En fin, resultaría extraño que Luzán hablase abiertamente de Voltaire en un lugar de las *Memorias* y callase su nombre en otro.

François Vincent Toussaint nació en París. Abogado, se dio a conocer escribiendo los artículos de jurisprudencia de los dos primeros volúmenes de la *Enciclopedia*. Su libro *Les Moeurs* expone una moral natural, independiente de cualquier creencia religiosa, que completó con unas *Aclaraciones*. De esa obra existen por lo menos tres ediciones en francés de 1748: dos en 8.º (la una sin lugar, [París], la otra de Amsterdam (?), y la tercera sin lugar [Aux Indes], en dos volúmenes 12. Hay otra edición de 1751.

Desde su publicación la obra, que conoció varias traducciones y ediciones furtivas, suscitó críticas y respuestas de algunos sacerdotes, los abates Richard, Ilharat de la Chambre, Gauchât, Nonnotte, Tandeau, y otras de Formey, Madame Le Prince de Beaumont, etc. El Tribunal de París dictó auto ordenando la destrucción del libro. El autor huyó a Bruselas, donde publicó una *Gazette française*, y de allí a Berlín, de cuya Academia era ya individuo desde 1751 y donde Federico II le dio una cátedra de retórica y lógica. En Berlín murió olvidado en 1772.

tiempo para buscar y juntar una porción considerable de exquisitos libros, tratar y visitar con frecuencia a los principales sabios e informarse menudamente de todo lo más importante y curioso de París, en especial de las Ciencias y Artes y método de sus estudios y escuelas»⁸.

Aunque no alude a ningún contacto personal con los jesuitas que editaban las *Mémoires de Trévoux*, Luzán al estudiar la prensa parisina dedica una página entera del capítulo XXVII de las *Memorias de París* a esa publicación francesa. Bien enterado de la vida de ese periódico, puntualiza que los Padres «se han transferido a París» y que «al presente trabaja en las *Mémoires* el Padre Bertier con singular acierto y satisfacción de todos» (p. 282).

Dos indicios nos llevan a pensar que Luzán estableció contacto personalmente con los redactores. Cuenta Juan Ignacio que en 1742, en el artículo 22, página 474 de la versión española de las *Mémoires de Trévoux*, el autor de la *Poética*, herido por unas especies «que le ofendieron en lo más vivo de su corazón, que era el amor de la patria», compuso una respuesta en forma de epístola latina, impresa en Zaragoza en 1743. La envió a los diaristas, «a cuyas manos, según ellos dicen, no llegó esta obra hasta el julio del año de 47. Dieron cuenta de ella con mucho elogio y desde entonces mudaron enteramente de lenguaje en cuanto a la literatura española y empezaron a extractar varios escritos de nuestros nacionales» (p. XXXIX).

Habría que ser muy memo para tragarse esa rueda de molino. ¿No sería más lógico que Luzán, dos o tres meses después de su instalación en París, se pasase por las oficinas de la revista y, evocando cortésmente el incidente con los Padres, dejase otro ejemplar de su epístola? Así se debieron de hacer las paces, con las favorables consecuencias que nos refieren.

¿Será casualidad u otra de esas «favorables consecuencias»? Lo cierto es que en abril de 1748 (art. XXXVI, p. 747), las *Mémoi-*

⁸ J. I. de Luzán, *Memorias de la vida de D. Ignacio de Luzán*, in *Poética*, ed. 1789, p. XLVI.

res de Trévoux presentan una reseña de la *Poética* de Luzán. El artículo empieza por esta declaración: «Los libros de ese país [España] no suelen pasar a Francia sino mucho después de editarse. Este merecía conocerse desde su misma publicación». Luego la *Poética* dio lugar a largos comentarios en este periódico durante el mes de mayo.

Y hay más. Luzán hubo de aprovechar su estancia en París para defender sus intereses con otros periódicos. Así el *Mercure de France* también anuncia «*La Poética o Reglas de la poesía en general,...* Zaragoza, por Francisco Revilla, 1747 (*sic*)⁹, petit in-folio de 305 pàges, en espagnol» (t. 176, abril de 1748, p. 109). Anuncio repetido en junio del mismo año (t. 177, p. 146) con la rectificación «petit in-folio ou grand in-4.º de 503 pàges». ¿Trátase sólo de uno de esos hurtos tan frecuentes en las gacetas de la época que se copian descaradamente? Yo considero hartó probable que Luzán hiciera también una visita de cortesía al *Mercure de France*.

En esas visitas, iba tomando apuntes y solicitaba o adquiría documentos: estatutos de las diversas academias galas, de la Escuela militar de Cadetes o de parecidas entidades, cartillas para aprender a leer, reglamentos, etc.... En algún hospital o casa particular hizo que le explicaran el funcionamiento de la Mesa tipográfica que también servía para que los niños aprendieran jugando a leer y a formar palabras.

Para establecer estos contactos, su natural simpatía de mediterráneo, desarrollada por el largo trato de los italianos y especialmente de los sicilianos, le fuera de mucho auxilio. Este hombre de gabinete tenía además don de gentes.

Con todo, hay una «institución social» de la vida parisina del siglo XVIII a la cual ni siquiera alude, con gran asombro del lector, aunque ella tuvo una enorme importancia en la sociedad de la época, y por lo tanto resulta imposible que no haya tenido con-

⁹ La fecha —1747 en vez de 1737— no debe de ser errata, sino modificación intencionada para presentar como novedad una edición ya algo rancia. Como es notorio, no hubo más edición zaragozana que la de 1737.

tacto con ella: los célebres salones literarios. Por su doble calidad de diplomático y de literato conocido, debió de ser recibido en algunos de ellos. No muchos probablemente, pues su sueldo, que el embajador juzgaba muy corto, no le daba para alternar en pie de igualdad con gente de muchas campanillas. Lo cierto es que, por discreción, o por el motivo que sea, el aragonés no dice palabra de ellos. Es una lástima porque el autor se perdió una ocasión de escribir un capítulo picante y el lector una oportunidad de penetrar en ese mundillo literario coruscante y original.

INTERES LITERARIO DE LAS *Memorias*.

Los capítulos dedicados a la vida literaria de París *stricto sensu* o a la literatura son pocos. De los treinta que componen el libro, sólo cuatro, del VIII al XI, ambos inclusive, abordan materias que se relacionan con las cuestiones tratadas por Luzán en su *Poética*.

En catorce páginas, el capítulo VIII, «De la poesía francesa y de su estado actual en París» señala el papel iniciador de «la Francia y particularmente la Provenza que fueron las primeras en inventar y cultivar la poesía vulgar». Después de un juicio poco benévolo acerca de la poesía renacentista francesa, el autor resalta el decisivo papel incitativo de Luis XIV y sus ministros, espléndidos mecenas, y el florecimiento de las letras durante el reinado del Rey Sol. Dedicó cinco páginas a elogiar el talento polifacético de Mr. de Voltaire, cuyas tragedias le llevan a hablar del teatro: tragedia, comedia y pequeñas piezas. Todo el capítulo es descriptivo, histórico, sin el menor aspecto normativo o preceptivo.

En cambio, el capítulo IX, titulado «Algunas reflexiones sobre las tragedias y comedias francesas» es más teórico. «Generalmente he visto bien observadas las principales reglas del teatro, así en las tragedias como en las comedias: las tres unidades de acción, de tiempo y de lugar, los caracteres, el encadenamiento de las escenas hasta el fin de cada acto» (p. 84). No impide este satisfecit general las críticas, a veces severas, del estilo y de los asuntos: «El estilo en muchas tragedias de las modernas... por quererle hacer muy sentencioso y muy trágico, le hacen afectado e hinchado...

El estilo de las comedias generalmente está libre de este defecto» (p. 85).

En cuanto a los temas, los poetas franceses, queriendo emular y aun superar la fama de los trágicos griegos, escogieron los mismos asuntos. No se dieron cuenta de que estos asuntos «son ahora totalmente inverosímiles en París y en todas partes». Los autores no consiguen crear la ilusión dramática y las tragedias «caen» como *Orestes* de Voltaire. En cambio *Phedra*, que obliga a todo el auditorio a derramar lágrimas, le parece «una especie de prodigio del ingenio». Hostil al sistema español de intercalar entremeses burlescos entre dos jornadas de una tragedia, el aragonés alaba la organización francesa de las funciones de teatro que consiste en representar seguida toda la tragedia o comedia, y a continuación la «pequeña pieza», reducida a uno, dos o tres actos.

En el capítulo X, «De los teatros de París», Luzán hace un breve historial de estos establecimientos desde el año 1398, describe su disposición interior, las entradas y hasta el orden de los coches que traen los espectadores. Analiza los estatutos de los comediantes del Teatro francés y de los del Teatro italiano, así como las obras que representan éstos. Habla de la ópera, de la música de Lulli, «que es la que se usaba hace noventa o cien años en Italia», de la de Mr. Mondonville y Mr. Rameau. Evoca los Pantomimos y la ópera cómica, género popular que desprecia: «No es asunto que merezca mayor detención», dictamina.

Con el capítulo XI, «De el aparato, representación y otras particularidades relativas a la Comedia francesa», volvemos a pisar un terreno muy parecido a aquel en que se edificó la *Poética*. El autor examina las condiciones materiales de las representaciones. Para respetar la unidad de lugar, «aunque la escena es fija, la perspectiva representa varios lugares contiguos que tienen salida a una misma sala, o atrio común, donde suceden todas las acciones». Aquí encontramos unas reflexiones que, si bien no son dogmáticas, recuerdan directamente la doctrina de la *Poética*: «El ser estable y fija la escena es más propio, más verosímil y más conforme a la unidad de lugar, tomada en todo su rigor. El mudar las escenas y ver que se desaparece lo que era salón, y se descubre como por

encanto en su lugar una campaña abierta, o una prisión, no deja de ser cosa muy violenta para la imaginación del auditorio y que desvanece el engaño o ilusión teatral, haciendo reparar que lo que se está viendo es una ficción y no una realidad, a la cual repugnan semejantes mutaciones» (p. 113).

Encomia después la excelente iluminación de la Comedia francesa (las catorce arañas que hemos mencionado ya), los vestidos que son propios y de buen gusto y ricos» («a la heroica» en las tragedias, mientras que «en las comedias se usa el vestido común del siglo»), la composición de la compañía: diez y siete hombres y once mujeres, la calidad de su trabajo, el conocimiento inmejorable que tienen de sus papeles, la flexibilidad de su talento, su pronunciación «clara, distinta y exacta», algo afectada y declamatoria en la tragedia, aunque ya desde el tiempo de Molière se inició una reacción en el sentido de la naturalidad y la propiedad. Sin embargo, nota la ausencia de preceptos sobre el arte de representar, hasta la publicación en 1749 de un tomo en 8.º, *El Comediante*, de Mr. Rémond de Sainte Albine, que decepciona al crítico español: «No hallé en él el método ni la claridad que yo deseaba». Afortunadamente, a los pocos meses, salía un librito, *El Arte del teatro*, de Francisco Riccoboni, cómico de la Compañía italiana, hombre culto y estudioso, apasionado por las ciencias y la física. «Esta obra, aunque pequeña, encierra en sí todo lo que se puede desear en el asunto». Y, movido por el entusiasmo, Luzán traduce en tres páginas un trozo relativo al arte de mover airoso los brazos, movimiento que no se consigue sino con mucho estudio. Todo el babilis estriba en que «la parte superior, la que empieza desde el hombro hasta el codo, se desprenda del cuerpo la primera...». Esa preocupación por mejorar el trabajo y la calidad profesional de los comediantes españoles no fue pasajera en él y, como veremos, a su regreso a España trató de plasmar en un tratado las ideas y observaciones que había traído del otro lado del Pirineo.

Al acabar este análisis a grandes rasgos de los capítulos «literarios» de las Memorias, se nos ocurre una pregunta. ¿Pueden servir las *Memorias* para dilucidar el problema planteado por la segunda edición de la *Poética*?

Sabido es que la obra magna de Luzán sólo tuvo en vida de su autor una edición, la de Francisco Revilla, Zaragoza, 1737, en folio, siendo la segunda muy posterior, pues se publicó 52 años después de la primera y treinta y cinco años después de la muerte del autor: es la de Sancha, Madrid, 1789, en dos volúmenes en 8.º, «corregida y aumentada por su mismo autor» según reza la portada. A pesar de este aserto tranquilizador, los críticos enterados de las vicisitudes póstumas de los papeles de Luzán se han preguntado si no intervino otra mano y sobre todo otra mente, en las adiciones de la segunda edición. En efecto, los párrafos, a veces muy extensos, puesto que en ocasiones llegan a ser capítulos completos, que se insertan en el texto primitivo, y las correcciones locales de éste, parecen traducir una óptica diferente: una orientación claramente neoclásica, que difiere sensiblemente de la primitiva de inspiración más barroca en opinión de varios comentaristas.

Pero sin detenernos a estudiar este problema vidrioso, podemos preguntarnos si la permanencia de más de tres años en tierras francesas del autor de la *Poética* no llegó a influir sobre sus concepciones. Para el canónigo Juan Ignacio de Luzán, su hijo, esta influencia está fuera de toda duda, y encima fue profunda: «Dedicóse luego de su regreso a España a dar última mano a la corrección de la *Poética*. El trato continuo que había tenido en París, no sólo con los mejores poetas y con los eruditos más distinguidos de Francia, sino también con algunos de otras naciones y al mismo tiempo la lectura de muchas obras que hasta entonces no había podido tener a la mano, refinaron su buen gusto y dilataron sus luces de suerte que juzgó necesario rever con cuidado la obra, reformar lo conveniente y añadir lo que faltaba en ella».

A pesar de esa declaración categórica, la lectura de las *Memoorias de París*, no nos permite rastrear de modo claro esa influencia. De los cuatro capítulos «literarios» que hemos analizado, sólo dos, el IX y el XI, tienen algún parentesco con las preocupaciones normativas del preceptista. La doctrina contenida en estos dos capítulos que sólo completan 35 páginas (entre los dos), es interesante, sin duda, pero escueta, poco detallada y, además, nada nueva. Por lo que pudimos colegir a través de una edición moderna de la *Poética* bastante incómoda de manejar, las adiciones de 1789, y

especialmente los capítulos enteros con que se aumentó esta edición, poseen todos a primera vista, la misma característica. Se refieren todos exclusivamente a la poesía española. Tienen un marcado carácter nacional.

Así el capítulo I, 4, «De la poética de *nuestra poesía vulgar* y reflexiones sobre las reglas y autores que han tratado de ellas»; el III, 1, «*De la dramática española*» y el III, 2, «Sobre las reglas que se supone hay para *nuestra poesía dramática*». Asimismo tienen este carácter nacional otros capítulos cuyos títulos son menos transparentes, como el II, 23 y el II, 24, sobre consonantes y rimas, y del buen uso de la rima, respectivamente; tratan todos y exclusivamente de la poesía castellana. Así a bulto se podría decir que la Poética de 1737 expone una teoría general universal de la poesía, válida para todos los países y todos los idiomas, mientras que la edición de 1789 imprime a la obra un sello voluntariamente mucho más nacional.

Relacionando este hecho con lo que Luzán repite hasta la saciedad en las *Memorias*, a saber que quiere ser útil a su patria y a sus compatriotas, dando a conocer a los españoles, para que se inspiren en ello, lo que ha visto en el extranjero, parece lógico y verosímil que el preceptista haya proyectado estos capítulos y empezado a componerlos. Pero le sobrevino la muerte y quedó interrumpida la rectificación.

Mucho tiempo después, siguiendo el plan trazado y aprovechando los apuntes que había dejado, el responsable de la segunda edición, sin duda Llaguno, ordenó y completó estos apuntes, dejando, como es lógico e inevitable, en los nuevos capítulos la impronta de su fuerte personalidad y de sus gustos neoclásicos. Así, no había engaño en la portada de la segunda edición, que fue en efecto «aumentada y corregida por su mismo autor». Así quedarían confirmadas las noticias que debemos a Juan Ignacio: «Dedicóse luego [de volver a España] a dar la última mano a la corrección de la *Poética*... Juzgó necesario rever con cuidado la obra, reformar lo conveniente y añadir lo que faltaba en ella... También añadió muchas cosas esenciales en la historia de la poesía vulgar: varias observaciones muy delicadas y nada comunes sobre algunas

especies de metros castellanos y sobre la mejor elección y más bella colocación de los consonantes...» (p. LI). Pero añade el hijo del autor que esos apuntes requerían una mano que los perfeccionase: «Todas estas adiciones se conoce las trabajó de priesa, y que por lo mismo necesitaban aumento, más orden y más corrección... Pero le faltó tiempo» (*Ibid*). Así también se explica que los críticos hayan reconocido en las adiciones de 1789 otra mano y otra orientación que en la edición príncipe.

LAS *Memorias* COMO DOCUMENTO HUMANO.

Lo que a mis ojos constituye el principal interés de las *Memorias de París* no es el aspecto meramente literario, nada despreciable por cierto, pues Luzán acopió en ellas una porción de datos valiosos; es el aspecto humano de esta obra. Al describir objetivamente la vida intelectual parisina en la cual se encontraba inmerso, el español, sin darse cuenta de ello, nos dejó un autorretrato extremadamente revelador. En vez del erudito severo, paseísta, meticuloso y hasta nimio que esperábamos, descubrimos con asombro y gozo un hombre abierto a la vida, curioso de todo, con una personalidad rica, polifacética y frecuentemente sorprendente.

La sorpresa empieza con el capítulo I, titulado: «Breve descripción de París». Piensa el lector que Luzán nos va a endilgar una serie de consideraciones artísticas sobre el paraje donde está edificada la capital gala, sobre el Sena y la belleza de los monumentos de París. Nada de eso. Ese capítulo es meramente estadístico. Nos revela un Luzán economista y estadista. Le interesa el Sena, sí; pero es porque «facilita el transporte de víveres y mercaderías». Nos informa que en 1750 París tenía entre 700.000 y 900.000 habitantes (*eruditi disputabant*), 23.000 casas, 800 ó 900 calles «cuyos nombres están fijados en las esquinas» y 20.000 coches. Del alud de cifras que vierte en este capítulo retendré las cuatro abadías de monjes, los cuarenta y dos conventos de religiosos, doce seminarios, ocho abadías de monjas, cuarenta y cuatro conventos de religiosas, y veintiséis hospitales. Le duele cuando tropieza con un dato que no puede cuantificar: «El consumo anual de víveres...

no es materia fácil de averiguar» reconoce cabizbajo; pero no busca consuelo en la fácil pintura de los hermosos paseos y jardines de la capital, que «podrán suministrar abundante materia a un viajero que quiera ocupar su pluma en referirlas». Juzga «todas esas particularidades muy ajenas de su asunto» y sólo quiere dejar sentada la opulencia material y económica de la ciudad del Sena, pues adelantándose al materialismo histórico considera que es la base y fundamento de su brillante vida intelectual.

Conocíamos a Luzán como preceptista literario, que formulaba normas para los «poetas», incluyendo en este concepto a los autores de tragedias y comedias, es decir los representantes de una de las formas más exquisitas de la cultura. Pero, nueva sorpresa, vemos que el aragonés en los capítulos iniciales de su obra se ocupa de un tema mucho más humilde: la enseñanza de las primeras letras: «No deberá parecer despreciable, dice, el descender hasta los primeros rudimentos». No hay detalle, por modesto o ramplón que sea, que le repela. Denuncia varios defectos de la enseñanza española de su época: la «ineptitud en leer bien y pronunciar las lenguas extranjeras», defecto cuyo origen radica en «no haber aprendido como conviene a deletrear, a pronunciar clara y distintamente todas las letras y sílabas» (p. 14). Sorprende en Luzán esta faceta de pedagogo atento que estudia cuidadosamente el funcionamiento de los dos tipos de escuelas que hay en París: las gratuitas y las de pago. Ambas enseñan lo mismo, al igual que las de España: Religión y Doctrina cristiana, leer, escribir y contar. Hay, en la capital de Francia, más de 200. escuelas particulares sujetas a la jurisdicción del primer chantre, inspección que alaba el autor, porque obliga al maestro a estar aseado y tratar con dulzura y cortesía a los niños.

Don Ignacio hace un examen detenido de las cartillas o «alfabetos» en uso, cuyos méritos compara. Lleva la conciencia hasta reproducir in extenso la cartilla de 1746: a, b, c,... Aa, Bb. Cc,... Ba, Be, Bi, bo, bu,... cla, cle, cli, clo, clu, etc. Nota en estas cartillas galas dos cosas buenas: la primera, que en este alfabeto están los diptongos y todas las sílabas que empiezan por consonante y acaban por vocal; la segunda, la división de voces en sílabas para que los niños se acostumbren a separarlas. Pero nota varios defectos

y propone, reuniendo lo bueno que hay en los métodos franceses y en los españoles, formar una cartilla perfecta.

El otro método de enseñanza de la lectura es la *mesa tipográfica*, usada en los hospitales y en muchas casas particulares. No es en realidad sino una pequeña imprenta que nuestro autor describe parsimoniosamente, gracias a la cual los niños aprenden jugando a formar sílabas y palabras. Concluye observando que la «pronunciación de los franceses es muy exacta y pide un oído muy fino y muy delicado. Las diferencias son tan sutiles que resultan casi imperceptibles a los extranjeros. Esta exactitud nace del cuidado con que se enseñó a los niños a distinguir precisamente los diferentes sonidos de las vocales y consonantes».

En esas consideraciones y otras parecidas que conciernen la enseñanza de la escritura, Luzán hace alarde no sólo de su curiosidad y conciencia habituales, sino también de unas preocupaciones y una óptica de auténtico pedagogo.

Este pedagogo sabe elevarse encima de las cartillas que escudriña con tanta diligencia. La apertura de su mente, su actividad, su laboriosidad, su aptitud a moverse con agilidad dentro de varias culturas, todo eso lo podíamos inducir de la misma *Poética*, donde manifiesta unos conocimientos asombrosos; o también de la biografía que escribió su hijo Juan Ignacio, pues la simple enumeración de lo que hizo y de lo que se le encargó en el año anterior a su nombramiento para la Embajada de París puso de manifiesto esas cualidades. Aquel año, escribió un sinnúmero de poesías, muchas de ellas de circunstancias, sobre varios temas y en muy diversos metros. Tradujo a Horacio, Anacreonte, Ovidio; vertió al castellano el salmo *Miserere* y el himno *Pange lingua*. Tradujo asimismo del italiano, y en un plazo muy corto la *Clemenza di Tito*, ópera de Metastasio; finalmente «por encargo de un principal ministro, dio por escrito un dictamen sobre la colocación de los collares del Toisón y Sancti Spíritus en las armas Reales», detalle que justifica la observación de su biógrafo: «con lo que acabó de llenar la idea que el ministro se había formado de su capacidad». Poeta, crítico, erudito, preceptista, traductor de varios idiomas, lector, heraldista y, pronto, diplomático, el aragonés nos asombra por

la multiplicidad de sus talentos, su increíble capacidad de adaptación y la enorme facilidad con que trabajaba.

Todas estas tareas, no las emprendió por un como activismo, para moverse. Desde años atrás tenía un propósito que afirmó con fuerza en varias ocasiones y que iba repitiendo desde el principio de las *Memorias*: quería ser útil a su país y a sus compatriotas. Su «mención en París... le dio ocasión de concebir una idea que me pareció podría ser muy útil...» (p. 1); y «en verdad no puede dejar de ser muy útil el averiguar... estas causas del alto nivel alcanzado por la literatura francesa» (p. 4); «me ha parecido que sería de mucha utilidad una obra que les pusiese delante [a sus compatriotas] el estado actual de las ciencias y artes en París» (p. 7). Esta voluntad de ayudar a sus compatriotas, constantemente repetida: «como escribo con el fin de ser útil...» (p. 29 etc.), manifiesta palmariamente que ya, al mediar el siglo, Luzán se había adherido a las ideas que iban a ser, un cuarto de siglo más tarde, las directrices de la Ilustración y el ideal de los Amigos del País. Como ellos, pero antes que ellos, quería contribuir en lo que podía al progreso de su patria «porque, pregunta, ¿de qué sirve el estudio, de qué la erudición, de qué la sabiduría más sublime si, encerrada en sí misma, no se extiende en beneficio de la sociedad humana y no contribuye a la felicidad de los demás hombres?» (p. 45). Ya resplandecen en el aragonés esas cualidades que volveremos a encontrar en los Amigos del País: la generosidad, el desprendimiento, el interés por los demás, la abnegación y el amor a la patria. Con treinta años o más de antelación, alienta en el autor de las *Memorias* el mismo ideal que animará a los Cuerpos patrióticos. Aquí mismo, en la Cátedra Feijoo, se insistió hace dos años, sobre la necesidad, especialmente en el campo de las ciencias, de adelantar en varios decenios el comienzo de la era de las Luces en España. Nos demuestran las *Memorias* que también en el campo de la literatura se había producido este fenómeno. El ejemplo de Don Ignacio pone de manifiesto que para algunos literatos privilegiados y sin duda más abiertos a los soplos europeos y a las grandes corrientes continentales, los ideales de la Ilustración habían cuajado ya en España antes de mediar el siglo, lo que viene a decir que bastante antes de 1750 se venían fraguando.

No es huera esta observación. Evidencia que Luzán, lejos de ser el Zoilo ceñudo e inaccesible, enclaustrado en las normas rígidas de un clasicismo trasnochado que muchos se imaginan, era un hombre de su tiempo, siempre alerta, siempre curioso de conocer y comprender cuanto sucedía en torno suyo. No era hombre del pasado. Estaba metido en su tiempo y voluntariamente pretendía tomar parte activa en el devenir de su país.

La actividad no diplomática que desarrollaba Luzán en París, las visitas que hacía a las librerías, a las bibliotecas públicas o privadas, a las escuelas de primeras letras, a las clases de retórica, a todas las academias, eruditas y hasta militares, su preocupación por conocer la prensa contemporánea y sus autores, su anhelo por establecer contactos con personas de todos los medios sociales y especialmente los cultos, esa curiosidad insaciable, esa bulimia de saber tienen un sello extraordinariamente moderno. Para decirlo de una vez Luzán, a través de las *Memorias*, se nos aparece, no como un casero tragalibros, no como un clorótico «ratón de biblioteca», sino como uno de los primeros «reporteros» que existieron en España. Un como enviado especial de las letras españolas en París. Tiene el ansia y el arte de «cazar» la información. Como un Quadra-Salcedo, sale al extranjero para realizar su reportaje; como un Iñigo —pero un Iñigo cortés— sabe tirar de la lengua a sus entrevistados; como un Tico Medina, muestra nuestro preceptista que tiene mucha gramática parda; y como un Areilza o un Pérez del Arco, demuestra que la filosofía y la reflexión política o cultural no están reñidas con la diplomacia. En una época en que la prensa naciente no se había desligado aún de sus orígenes epistolares, en que se limitaba a publicar tardíamente resumidas y descoloridas noticias procedentes de lejanos corresponsales, Luzán aplica, si no inventa, la técnica, tan de moda hoy día, de la encuesta periodística. Va al toro, pregunta, sonsaca informaciones o documentos, palpa la realidad, asiste al teatro, charla con autores y actores, «entrevista» a varios escritores célebres. Es ya, no un «gacetero» sino todo un periodista, curioso e inquieto, en el sentido moderno de la palabra.

Otra sorpresa en fin que nos deparan las *Memorias literarias*

es la actitud de Luzán respecto de las mujeres. A este hombre que pasó un tercio de siglo al amparo de un tío sacerdote o en un celibato totalmente entregado al estudio, cuando ya se le podía dar por solterón empedernido, se le ocurrió que había llegado para él el tiempo de casarse. Con el mismo romanticismo con que va un chalán a la feria a mercar una yegua, fue don Ignacio a la aldea a buscarse una consorte. El relato de Juan Ignacio refiriendo el «flechazo» de su padre no tiene desperdicio: «Por los años de 36 ó 37, pensó en darse una acompañante que le sirviese de consuelo en su poco próspera suerte y manejase la economía casera que de ordinario suele ser repugnante o impracticable a los genios muy amantes del estudio. Gobernóse en este asunto por ideas muy propias de un filósofo, y fue a buscar en una pequeña aldea lo que a mi ver no creyó fácil de encontrar en las ciudades y pueblos de mucho gentío y bullicio. Buscó, digo, una mujer de buen parecer, prudente, honesta y hacendosa, y todo lo halló a medida de su deseo en Doña María Francisca Mincholet, hija de Don Jorge Mincholet, hidalgo, hacendado del lugar de Añes» (p. XVI).

Pues bien, ese hombre que no ve en su futura esposa más que un «consuelo» para su medianía y un buen administrador de su nada boyante hacienda, observa con las cejas enarcadas por la sorpresa a las mujeres francesas en todas las circunstancias de la vida social: fuera de casa, en las calles, paseos, iglesias y en el teatro; dentro de sus casas, en los salones, en los bailes y conversaciones y en la mesa. Con el pensamiento puesto en Doña Francisca Mincholet que firmaba con el pulgar, nota que casi todas las mujeres de todos los estamentos sociales, saben leer y escribir y que, en el pueblo, los padres de las jóvenes, por modestos que sean sus recursos, tienen a gala conseguir que sus hijas continúen estudiando. Así, las mujeres de París suelen tener una buena instrucción «en la geografía, en la historia y aun en la filosofía y en las matemáticas» (*Memorias*, p. 48).

Paradójicamente, este solitario, que entró en el casamiento con espíritu de soltería, se muestra admirador incondicional de la mujer parisina, y por su deseo afirmado de fomentar entre sus conciudadanos la educación de las mujeres se nos aparece como un verdadero precursor del feminismo en España.

Luzán, escritor mal conocido, víctima de muchos prejuicios o juicios temerarios, no es ese preceptista engolado y tristón que nos pintan. Al abrir las *Memorias literarias* abrigábamos el temor de tropezar con un autor, y un autor severo. Tenemos la alegría de haber topado con un hombre de carne y hueso.

¿CUÁL ES, FINALMENTE, EL BALANCE DE ESA ESTANCIA
DE LUZÁN EN PARÍS?

Para establecer este balance, sólo disponemos de dos fuentes: las *Memorias de París* y la biografía de su padre escrita con el título de *Memorias de la vida de don Ignacio de Luzán*, por Juan Ignacio de Luzán. Sin duda el poeta hubo de cartearse con su familia que se había quedado en Zaragoza. Pero ignoramos si se conservan estas cartas y cuál es su paradero. En cuanto a la correspondencia Huéscar-Carvajal, tan enjundiosa en lo que a política y negocios públicos se refiere, no alude a la vida privada del embajador ni de sus colaboradores. De todos estos textos, el más rico de informaciones son las *Memorias de la vida*, completadas por la biografía escrita por la doctora Makowiecka. Gracias a estos documentos poseemos algunas precisiones sobre la actividad propiamente literaria del aragonés en París y también sobre las obras que escribió o esbozó a su regreso a España.

En París, compuso obras de circunstancias, pero también escritos de erudición histórica y geográfica y finalmente otros estudios relacionados con su vocación de preceptista y con la *Poética*.

Entre las obras literarias, hay que clasificar varias poesías en francés, italiano, español y latín, especialmente unos dísticos latinos sobre el Palacio de la marquesa de Pompadour en Fontainebleau y una epístola macarrónica escrita hacia abril de 1748, dirigida a su amigo Juan de Iriarte en la que «con chiste le da cuenta de varias cosas que había visto en aquella corte, especialmente de la Real Biblioteca y del carácter del bibliotecario». Asimismo, compuso una crítica de *Catilina*, célebre tragedia de Crebillon.

Además, aprovechando las fuentes diplomáticas que manejaba y las negociaciones en que tomaba parte, empezó a escribir unas memorias históricas de los sucesos principales de aquel tiempo y

de sus causas. Su propósito era doble: conservar una relación precisa de los acontecimientos que había vivido, sin que se borrasen de su memoria; e instruir a los jóvenes que pensasen dedicarse a la política. Empresa ésta destinada *ab ovo* al más completo fracaso si damos fe al juicio del Duque de Huéscar, que denegaba a Luzán la menor parcela de espíritu político y le consideraba incluso incapaz de «hacer una relación de las negociaciones que han pasado por él» (23-12-48). Paralelamente, por encargo de la Academia de la Historia, extendió un informe para la geografía de España.

Más afín a su carácter de preceptista y de gramático es otro trabajo suyo: un estudio de los sinónimos de la lengua española que emprendió poco antes de salir de París a imitación de la obra del abate Girard.

La lista tendría que ser más larga; pero, amparándose detrás de un misterioso deber de secreto, Juan Ignacio se niega a revelarnos otros títulos. Sólo nos informa que su padre escribió en Francia otras obras «de más entidad y mérito», pero «la calidad de los asuntos que en ellas trata prohíbe dar aquí noticia individual de ellas».

Al regresar a España, no se entregó Luzán al descanso ni al ocio: «volvió al instante a tomar la pluma para concluir las obras que tenía ideadas o emprendidas, y para formar el plan de otras que sus luces, celo y continua aplicación le sugerían». Menos la *Gatomimaquia*, *El gacetero quejoso de su fortuna* y un proyecto para precaver las carestías de trigo que revela en Luzán un auténtico proyectista, mantienen todas estas obras una relación más o menos directa con la estancia de su autor más allá del Pirineo. Es evidente para las *Memorias de París* y la traducción de una obra de teatro francesa. Pero es indiscutible también en el caso del plan de una Academia general y del tratado del perfecto comediante.

De las *Memorias literarias de París* dice Juan Ignacio: «El objeto de esta obra, que está escrita con mucha erudición y buena crítica... fue... presentar a los ojos de los españoles como en un lienzo el estado de todo género de estudio en aquella corte... para que sus compatriotas resucitasen la antigua gloria literaria de España» (p. XLVII). La misma preocupación a la vez patriótica y do-

cente alienta en la otra empresa literaria de Luzán: la traducción de la comedia de Mr. Nivelle de la Chaussée *Le préjugé à la mode*, con el título de *La razón contra la moda*, 1751, con la cual se proponía «ir introduciendo el buen gusto en la dramática». Dedicó esta comedia lacrimosa a la marquesa de Sarria en cuya Academia la había leído manuscrita.

Al analizar las *Memorias* hemos notado el enorme interés que manifestó el aragonés por las Academias del país que visitaba y las relaciones que estas entidades mantenían entre sí. Deseoso de contribuir por su parte a fomentar los estudios literarios en España, el poeta formó el plan de una Academia general de Ciencias, Artes y Bellas Letras que deseaba ver fundar en Madrid. No se realizó entonces el proyecto, pero esa iniciativa tuvo por efecto indirecto la erección en Academia Real de Bellas Artes y con título de San Fernando, de la Junta preparatoria formada de orden de Felipe V. De la nueva Academia, Luzán fue nombrado individuo honorario.

No nos sorprende que Luzán, quien en las *Memorias de París* manifiesta mucho interés por la formación del comediante, aborde esa cuestión una vez de regreso en Madrid. «Pero le faltó tiempo, escribe su hijo, para escribir otras obras que tenía meramente apuntadas, y entre ellas un tratado del perfecto comediante, para añadir a la *Poética*, pareciéndole con mucha razón, que el buen efecto de un drama depende en gran parte de su buena ejecución. Sólo poseemos el plan y la distribución de los capítulos que seguramente abrazan todo lo necesario para conseguir la perfección de este arte. Es lástima que no pudiese poner en ejecución una idea tan bella y tan útil y precisa, singularmente en España, donde los comediantes se forman sin estudio y sólo por medio de una práctica harto defectuosa» (LII). A pesar de esto, no es imposible que el buen concepto que el encargado de negocios había formado de la preparación de los comediantes en Francia y los elogios que en sus escritos no les regatea, moviesen a unos actores españoles, y entre ellos a Máiquez, a pasar una temporada en París para perfeccionarse.

Basta lo dicho para evidenciar que los tres años y medio que pasó en París o sus alrededores, tuvieron en la vida de Luzán singular importancia. Le permitieron completar, modificar y afinar

sus concepciones literarias y le proporcionaron material para realizar ulteriormente varias obras y esbozar diferentes proyectos. El balance de esa estancia en Francia para la vida intelectual del aragonés es claramente positivo.

Ahora bien, ya que el propio Luzán expresó repetidas veces su voluntad de trabajar por el bien de su patria es lógico que nos preguntemos cuál fue la influencia real que ejercieron las *Memorias literarias de París* entre sus compatriotas. Sólo tuvo esta obra una edición, de cuya tirada, probablemente modesta, ignoramos la importancia. Hoy día es difícil de encontrar en las librerías de viejo y no se halla en todas las bibliotecas ni públicas ni privadas. En la Biblioteca Nacional de Madrid, no existe más que un ejemplar, que es el que hemos manejado¹⁰. En la encuesta que estamos realizando sobre la prensa francesa de aquella época no hemos topado hasta la fecha con referencia alguna a esta publicación. Tampoco parece haber despertado mucho eco en la prensa y crítica españolas en el momento de su publicación. En vista de todos estos indicios convergentes, es lícito pensar que el impacto directo en España de las *Memorias de París* fue limitado. Con todo, y sin haber sido un éxito editorial, esta obra pudo haber reforzado entre las élites la corriente de interés ya existente en España por la vida de Francia, despertando así la curiosidad y celo de algunos ingenios ilustrados que fueron posteriormente multiplicadores de su influencia.

Para nosotros, *hic et nunc*, el mérito de las *Memorias de París* no es despreciable. Esta obra constituye un documento único, un verdadero «reportaje» global y metódico, sin ejemplo en las letras hispanas de la época, sobre la vida intelectual de la capital francesa al mediar el siglo. Desde el punto de vista galo, incrementa el interés de ese reportaje el que lo haya hecho un extranjero. Mucho mejor que la *Poética*, nos informa además sobre la personalidad, los gustos, la idiosincrasia, la manera de ser de Luzán, pues hallamos en ella un retrato, no sólo en pie, sino «en acción» del autor.

¹⁰ El maestro de la Bibliografía dieciochesca española, Francisco Aguilar Piñal nos informa que sólo conoce otros dos ejemplares en la biblioteca de Menéndez Pelayo y en la Diputación Foral de Navarra.

Y sobre todo nos permite captar cuál fue el ideal y el ideario del aragonés y cómo ese teórico del neoclasicismo, a quien el Duque de Huéscar no había conseguido en el campo de la diplomacia «pegar su malicia práctica», fue en realidad un hombre muy práctico y en contacto permanente con la realidad de su tiempo.

El interés de las *Memorias* rebasa, pues, y con mucho, la descripción de París que contiene. Nos permite intuir el enorme impacto que tuvieron en Luzán las ideas nuevas que circulaban por Europa y de las que Francia fue en esa época para el resto del mundo el mejor intérprete y pregonero. Luzán se adhirió entusiasmado a este nuevo ideario, el de la Ilustración. Y esta constatación no deja de tener consecuencias importantes: esa «conversión» a la Ilustración que sufrió en el decenio de los años 40 explica por qué el autor, movido por el patriotismo y el anhelo de utilidad, empezó a preparar una segunda edición de la *Poética*, y por qué las adiciones de esa segunda edición iban a tener un marcado carácter nacional.

La verdad nos obliga empero a reconocer que ese Luzán ilustrado no llevó hasta sus últimas consecuencias su adhesión a esos ideales «filosóficos» que había abrazado. El postrer capítulo de las *Memorias* nos agua la fiesta. Luzán parece volver sobre las concesiones que antes había hecho a la Ilustración. Había alabado la opulencia de París. había dejado entender que le agradaba la libertad que en esa capital se disfrutaba; pero convirtiéndose de pronto en moralista, empieza a vituperar la licencia que en ella reina. Al lado de las plantas salutíferas, explica, y de los animales útiles al hombre, quiere «hacer mención de las plantas nocivas y venenosas y... de los caymanes y áspides» (p. 301) que amenazan al incauto en las orillas del Sena. Hay obras publicadas en París, continúa, que «por el escándalo que causan, se pueden mirar como las producciones venenosas de este país».

Apuntando el autor a las novelas «que en tanto número se escriben, con mucha gracia en cuanto al estilo, pero con mucha libertad y aun indecencia en cuanto a las costumbres», condena sin apelación títulos como *El Sopha*, *El Portero de la Cartuja*, *Theresa la filósopha* y demás historias secretas y galantes. No nos sor-

prende por cierto esa condena de la literatura licenciosa, hija espúrea del espíritu filosófico francés. Pero sí nos deja asombrados el siguiente aserto en que, al encausar al mismo Cervantes, el preceptista señala claramente los límites extraordinariamente estrechos de su ilustración en este campo. No quiero condenar todas las novelas, afirma, «y miro como una especie de perjuicio el destierro general de los libros de Caballería que logró Cervantes con las burlas de Don Quijote» (p. 303).

¿Sería esta afirmación alguna precaución contra la censura o el Santo Oficio? No es imposible; pero creo más bien que Luzán, como muchos de sus coetáneos y compatriotas, experimentaba ese sentimiento que ha sido descrito no hace mucho, en un libro que originó bastante revuelo: *El miedo a la libertad*.